

Caribe y exilio en *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo*

por *Arcadio Díaz Quiñones*
(Princeton University)

RESUMEN

El presente trabajo propone una lectura del ensayo central de Antonio Benítez Rojo La isla que se repite (1989), insoslayable para abordar y reflexionar sobre las culturas caribeñas, procurando delinear una posible interpretación de la relación entre su poética y el exilio como así también analizar algunas de las elecciones que hizo como intelectual, y el modo en que imaginó el Caribe en sus ensayos. En el mapa elaborado por Benítez Rojo las islas paradisíacas figuran junto a las dominadas por la violencia y la muerte, y a veces se confunden. La Plantación y la Utopía son los temas principales. Los ensayos de La isla que se repite permiten examinar su deseo de anudarse a otras tradiciones mediante un largo rodeo a través de las ricas matrices culturales del Caribe. Fue su modo de escapar y trascender el discurso autoritario de la “nación” dominante en la historia moderna cubana.

Palabras clave: Caribe - Plantación - cimarronaje - exilio - naufragio

ABSTRACT

This paper suggests a reading of Antonio Benítez Rojo’s unavoidable essay La isla que se repite (1989), in order to approach and meditate on Caribbean cultures, attempting both to delineate a possible understanding of the relationship between his poetics and exile, and to analyse some of his choices as an intellectual and the way he conceived Caribbean in his essays. In the map drawn by Benítez Rojo, paradise islands appear along with those ruled by violence and death, and are sometimes confused. Plantation and Utopia are the main topics. Essays from La isla que se repite allow us to examine his wish to link his work to other traditions by means of a long rodeo through the rich Caribbean cultural matrices. It was his way to escape and transcend “nation” authoritarian discourse prevailing in modern Cuban history.

Keywords: Caribbean - Plantation - cimarronaje - exile - shipwreck

*Sobre el mar de Colón, aupadas todas,
sobre el Caribe mar, todas unidas,
soñando y padeciendo y forcejeando
contra pestes, ciclones y codicias,
y muriéndose un poco por la noche,
y otra vez a la aurora, redivivas*

Luis Palés Matos, “Mulata-Antilla”

I

Tras la muerte de Antonio Benítez Rojo (1931-2005) podemos distinguir los sucesivos espacios que ocupó, desde sus comienzos de escritor en el contexto de la Revolución Cubana hasta la centralidad que llegó a adquirir su obra en el exilio. Su vida sufrió un vuelco en 1980, cuando, a los cuarenta y nueve años, el prominente escritor, editor y funcionario de Casa de las Américas, desertó de la delegación cubana en París, abandonando una destacada posición en las instituciones culturales para reunirse con su esposa Hilda Otaño y sus hijos en los Estados Unidos. No me es posible referirme a las cuestiones privadas que entrarían en juego en su salida de Cuba. Mi propósito es más bien delinear una posible interpretación de la relación entre su poética y el exilio, analizar algunas de las elecciones que hizo como intelectual, y el modo en que imaginó el Caribe en sus ensayos.

* Quiero agradecer la lectura y las sugerencias que hicieron a los primeros borradores de este trabajo Pablo Ruiz, Edgardo Dieleke, José Buscaglia, Chris Lesser, Enrique Cortez, Carlos Arreche y José Juan Pérez Meléndez.

El mundo de la Revolución, que había sido el fundamento de su práctica intelectual y había marcado definitivamente su vida literaria, quedaba atrás, aunque Cuba siguió estando bajo la superficie como el iceberg de sus textos y conversaciones. Raras veces se refirió Benítez Rojo de forma explícita a las circunstancias de sus últimos años en Cuba o a la decisión de abandonar proyectos, amigos cercanos, y de renunciar a su lugar en el campo cultural revolucionario. No obstante, veinte años después, en una entrevista realizada en 2001, hizo un balance de lo ganado y de lo perdido en el cual destacaba el reencuentro con su familia, el valor de sus lecturas, y los viajes. Pero también habló de la pérdida de la intensidad afectiva representada por los amigos, y de su ciudad:

El exilio me ha dado una genuina amplitud material y espiritual [...] Me atrevo a decir que he caminado por la historia de América y Europa. El exilio también me ha dado la oportunidad de ser maestro de aquello que mejor conozco y siento más cerca de mí: la literatura. [...] Pero sobre todo, ya en el plano familiar, el exilio me devolvió a Hilda y a mis hijos; me dio un verdadero hogar. Naturalmente, toda ganancia implica una pérdida. En mi caso, La Habana, el afecto de algunos amigos; en general, la manera de ser del pueblo cubano en su propio entorno. (2002: 15)¹

En otra de las últimas entrevistas se puede entrever hasta qué punto la herida seguía abierta. Las leyes del Estado revolucionario lo habían “despojado” de su nacionalidad y lo estigmatizaban como “apátrida”, a lo cual Benítez Rojo respondía con la reafirmación ferviente de su pertenencia a la tradición literaria cubana. A la vez, rememoraba nostálgicamente un lugar, la Habana, y otra época de su vida, un tiempo que *se repetía* a través del recuerdo:

Para empezar, de acuerdo con las leyes cubanas soy un apátrida, término que aparece escrito en un papel consular que aún conservo. Este despojo de mi nacionalidad fue el castigo por haberme ido a vivir al extranjero sin el visto bueno oficial. Pero claro, si hay algo que no puede ser borrado es la identidad de uno. Quiero decir con esto que me considero un escritor cubano a pesar de ser ciudadano de los Estados Unidos. Tampoco mantengo relaciones con los amigos que dejé en Cuba ni mucho menos con ninguna institución. Eso no quita, sin embargo que Cuba viva dentro de mí, aunque debo agregar, no en términos de una patria abstracta sino como espacio de la memoria, como escenario donde me veo actuar en situaciones concretas, unas veces desgraciadas y otras felices pero por lo general entrañables. Raro es el día que no visito La Habana a través del recuerdo, sobre todo recientemente. (Corticelli 2001: 166)

En este trabajo centraré la atención en *La isla que se repite*, publicada por primera vez en 1989, inseparable de su condición de exiliado. El autor enmarcó su reflexión tanto con el viejo motivo de la *Isla-prisión* como con el opuesto: la *Isla acogedora* privilegiada por las tradiciones poéticas y filosóficas. Lo insular es un mapa y, a la vez, un relato, ha señalado Frank Lestringant.² En el mapa elaborado por Benítez Rojo las islas paradisíacas figuran junto a las dominadas por la violencia y la muerte, y a veces se confunden. La Plantación y la Utopía son los temas principales de sus ensayos.

Desde esa perspectiva intentaré leer en sus ensayos el viejo motivo del *naufragio* como metáfora de la pérdida, pero a la vez promesa de *salvación* o *resurrección*, palabras frecuentes en sus ensayos. La escena de la emergencia del naufrago es una de las claves que sustentan su reflexión sobre la memoria. El naufrago: des-terrado, el imposible regreso, el afuera. En *La isla que se repite* el *naufragio* tiene a la vez el valor de una poética y de una declaración de principios: una oblicua representación del escritor en el exilio y de una memoria sumergida. Veremos que nunca se está lejos

¹ Cito de “Antonio Benítez Rojo: Entrevisto”. Esa entrevista se publicó en el homenaje que le rindió la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* en 2002. En ella cuenta algo de su vida en Cuba y de su partida. En otro texto de ese mismo número, titulado “Lafcadio Hearn, mi tía Gloria y lo sobrenatural”, pp. 5-8, el novelista narra su iniciación como escritor. Véanse también su propia introducción a la *Antología personal*, y el prólogo de Roberto González Echevarría a la edición de *Estatuas sepultadas y otros relatos*, de 1984, importante para la recepción de su obra en el exilio.

² Véase su libro *Le Livre des Îles: Atlas et récits insulaires de la Genèse à Jules Verne*.

del mito de Robinson y del lector que sobrevive en la isla desierta, que lee, como ha dicho Ricardo Piglia, “para encontrar lo que se ha perdido, para descifrar la verdad oculta en su existencia”. (2005: 153)

Los ensayos de *La isla que se repite* permiten examinar su deseo de anudarse a otras tradiciones mediante un largo rodeo a través de las ricas matrices culturales del Caribe. Fue su modo de escapar y trascender el discurso autoritario de la “nación” dominante en la historia moderna cubana. Le permitió tomar distancia de la Revolución, a la que representó provocadoramente como la continuidad de la Plantación. Una de las preguntas que formuló, y que entrañaba un replanteamiento difícil, podría resumirse así: ¿Es posible caribeñizar a Cuba, es decir, imaginarla *dentro* del marco cultural y del espacio y el tiempo del Mar Caribe sin perder de vista su singularidad?

Me interesa igualmente pensar sus textos en el contexto de la academia norteamericana, en la que Benítez Rojo se inició como profesor de literatura, y en la cual *La isla que se repite* fue muy bien recibido. En ese espacio contó con el respaldo de destacados estudiosos latinoamericanistas y cubanos, y encontró la posibilidad de dedicarse a la tarea específica del escritor. Ello suponía no sólo otras jerarquías y formas de sociabilidad, sino también maneras distintas de trabar relación con la literatura, nuevas condiciones para la producción y la circulación de los textos, y la necesidad de adaptar su trabajo literario a los discursos de diversas disciplinas.

Su obra narrativa, aunque poco conocida hasta entonces en los Estados Unidos, constituyó una garantía de legitimación. En el ámbito universitario se conocía también su labor editorial en Casa de las Américas. Por ejemplo, el volumen dedicado a Juan Rulfo que preparó para la serie *Valoración Múltiple* (1969) así como su antología *Quince relatos de la América Latina* (1970), realizada en colaboración con Mario Benedetti, y sus ediciones de Mariano Azuela y Machado de Assis, entre otros.³ Fue profesor invitado en la Universidad de Pittsburgh (1980-81) y en la de California, en Irvine (1982). En 1983 recomenzó su vida en el Amherst College de Massachusetts, donde obtuvo la permanencia en 1985. Allí se encontró con James Maraniss, su principal traductor al inglés, con quien entabló una fructífera colaboración. Desde Massachusetts mantuvo vínculos con otros escritores y revistas, sobre todo cubanas y españolas.

Retomó entonces la escritura. Sus ensayos de esos años son una sostenida meditación sobre formas de *supervivencia* —una categoría clave— lo cual le permitía reflexionar sobre su propia situación. Su *Caribe* tiene espesor historiográfico, y abarca desde la llegada de los europeos y los comienzos de la esclavitud hasta episodios de la historia contemporánea. Pero es ante todo un territorio de la imaginación literaria. Quizás de ahí la preferencia de Benítez Rojo por la soltura del ensayo, ese género que, según Adorno, es siempre fragmentario y tiene mucho de juego inventivo: “No empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar” (Adorno 1962: 12). En casi todos esos ensayos se cuentan novelas y acontecimientos, relatos de relatos que repetían historias caribeñas.

El autor realizó una cuidadosa selección entre las posibles fuentes. Frente a la indecible violencia de las sociedades esclavistas, le concedió un papel privilegiado a la literatura y la música. Prefirió detenerse en los lugares tramados en novelas y en textos poéticos que iluminan “modos de ser” caribeños, y en la música y la danza como formas de conjuro de la destrucción ocasionada por la Plantación, el trauma irrepresentable. Por otro lado, prestó más atención a las prácticas *supersincréticas*, término que empleó con frecuencia.

La isla que se repite es un libro marcadamente antibelicista, y su visión del Caribe adquiere sentido sobre el fondo de la esclavitud y de procesos de severa represión. Pero el autor no insistió en las guerras de independencia o en las ocupaciones militares de Cuba, ni tampoco en la participación puertorriqueña en las guerras de Corea y Vietnam. Asimismo, en la primera edición llama la atención la ausencia de referencias a Frantz Fanon y a su influyente reflexión sobre el sujeto colonial y la violencia. El énfasis de Benítez Rojo estuvo más bien en el azaroso destino de los cimarrones que se abrían paso por el mundo subterráneo de las islas y a los “códigos defensivos, a la complejísima y

³ Véase la *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*, en la cual se incluye su ensayo “Rulfo: duerme y vela”, que también figura como prólogo de la edición cubana del autor mexicano. Benítez Rojo escribió la introducción para la antología *Quince relatos de la América Latina* (1970). Hasta donde sé, no se han reunido aún los textos críticos del autor, lo cual permitiría dar una idea más precisa del desarrollo de su labor intelectual.

enrevesada arquitectura de rutas secretas, trincheras, trampas, cuevas, respiraderos y ríos subterráneos que constituye el rizoma de la psiquis caribeña” (1989: 295).⁴

Atento a una diversidad de fuentes y a sus propios recuerdos, parecía buscar signos de esperanza en los paisajes más abismales. Por otra parte, empleó a menudo la elusiva expresión *de cierta manera*, a la que le brindó un sesgo singular. Dicha expresión, tan difusa, resulta ser clave para Benítez Rojo. Entre otras cosas, alude con ella a las potencialidades performativas y a la memoria del cuerpo danzante. Está estrechamente relacionada con una concepción femenina del *carnaval* que le permitió al autor remontarse a prácticas lúdicas y religiosas ancestrales que veía como formas de salvación.

Esa afirmación utópica de las islas cuenta con una larga tradición literaria en el Caribe. Apelar al poder de la danza, del canto, y de ciertas imágenes contra la muerte es exactamente lo que habían hecho algunos poetas contemporáneos, como se confirma en el *Tuntún de pasa y grifería* del puertorriqueño Luis Palés Matos y en el motivo del ave fénix que cierra su poema “Mulata-Antilla”.

II

El exilio, o mejor, los sucesivos exilios de la Revolución Cubana han sido, como tantos otros, un campo de debate ideológico. Sin embargo, Benítez Rojo no actuó como un “disidente”, ni —hasta donde he podido ver— juzgó a los escritores que permanecían en Cuba, ni mantuvo las polémicas que caracterizaron a otros intelectuales. Tampoco se refirió públicamente a la política dura de la derecha en los Estados Unidos ni a la complicada relación de importantes sectores cubanos con los gobiernos de Ronald Reagan y el primer Bush, ni al prolongado embargo económico. Parecía cuidar celosamente su independencia, y se mantuvo alejado de los dogmas de La Habana y Miami, las dos grandes capitales cubanas de la segunda mitad del siglo XX, enfrentadas en el contexto de la Guerra Fría, con sectores fuertemente nacionalistas e intolerantes en ambas.

Se sintió tal vez más cerca de ciudades como Nueva York por la atracción que durante mucho tiempo ha ejercido sobre intelectuales exiliados cubanos desde los tiempos de Félix Varela (1787-1853) y José Antonio Saco (1797-1879), y de figuras puertorriqueñas como Arturo Alfonso Schomburg (1874-1938).⁵ Esa tradición se nutrió en el siglo XX de nuevas y masivas migraciones haitianas, mexicanas, centro y latinoamericanas que inspiraron apelaciones a la historia y a la identidad, y contribuyeron a consolidar un estatuto especial para la producción literaria, la música y las tradiciones orales caribeñas. Por otra parte, el tamaño y la complejidad de las comunidades de inmigrantes en los Estados Unidos el siglo XX orientó un haz de estudios y redefiniciones de *diáspora*, *sincretismo*, *nomadismo*, *cultura popular*, y *frontera*, categorías presentes en los textos que Benítez Rojo escribió en su exilio.

Al mismo tiempo, el novelista definió su voz crítica dentro de las disciplinas académicas. Estaba cruzando los límites de la cultura universitaria en un contexto de repliegue general de intelectuales desencantados con la revolución y con la lucha armada. El mismo año en que Benítez Rojo abandonó Cuba se produjo el éxodo cubano del Mariel que conmocionó a la izquierda latinoamericana y europea. Habían sido también los años de las intervenciones cubanas en las guerras de Angola y Etiopía, que coincidían con el periodo de las dictaduras militares, el terrorismo de Estado, y con los exilios argentinos, uruguayos, y chilenos en Europa, México, Venezuela, o los Estados Unidos.

Aunque tan distintos en algunos aspectos, *La isla que se repite* podría compararse con *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama, quien tanto gravitó en la conformación de una red latinoamericana en aquellos años. Son libros que llevan marcas del exilio, y fueron publicados por la misma pequeña editorial norteamericana, Ediciones del Norte. Más allá de las diferencias que hay entre esos libros, hay en ambos una voluntad de repensar el lugar del intelectual y un parecido tono melancólico. Hay que recordar que ya en 1978, en un luminoso ensayo titulado “La riesgosa

⁴ Refiero a la primera edición del libro, publicada por Ediciones del Norte en 1989. En el presente trabajo, las citas del libro seguidas de un número de página remiten a esa primera edición, a menos que se indique lo contrario.

⁵ Para un estudio conciso de la tradición cubana del exilio, véase el ensayo de Rafael Rojas, “Insilio y exilio”, en *Isla sin fin: contribución a la crítica del nacionalismo cubano*, pp. 167-187.

navegación del escritor exiliado”, Rama centraba la atención en el valor de la larga tradición del exilio latinoamericano y en un heterogéneo “pueblo de la diáspora”.⁶ Otro importante paralelo es que ambos escritores se apropiaron creativamente del concepto de *transculturación* de Fernando Ortiz.

Es imposible, no obstante, pasar por alto una diferencia crucial. Al uruguayo Rama, cuyo nombre y prácticas estaban asociados con la cultura de izquierda, la Revolución Cubana y los separatistas puertorriqueños, el Departamento de Estado le negó la visa de permanencia. Bajo el gobierno de Ronald Reagan y la guerra contra el sandinismo, Rama fue obligado a abandonar los Estados Unidos y un puesto docente en la Universidad de Maryland. En esos mismos años, Benítez Rojo, gracias al tratamiento especial que recibían los cubanos, logró una situación estable en Amherst College. Las reglas de la Guerra Fría seguían vigentes.

Por otro lado, la salida de Cuba significó que el nombre de Benítez Rojo fue —al igual que el de otros escritores y artistas— borrado de las publicaciones oficiales en la Isla. Sólo podemos conjeturar si algunos de sus escritos fueron leídos en el interior. Pero en el exilio mantuvo un diálogo amplio con nuevos interlocutores y se dedicó a construir un canon caribeño analizando las ficciones de otros autores y dando a conocer las perspectivas que ofrecían esos novelistas. Visto en la tradición crítica cubana, resulta atípico su gran interés en la narrativa de los puertorriqueños Edgardo Rodríguez Juliá y Luis Rafael Sánchez, de la colombiana Fanny Buitrago, del guyanés Wilson Harris y de Caryl Phillips, el escritor nacido en Saint Kitts.

En *La isla que se repite* la actividad crítica de Benítez Rojo aparece, pues, como consustancial a la lectura de textos caribeños. Reconoció, además, la larga historia intelectual que le precedía desde Bartolomé de Las Casas y Fray Íñigo Abbad y Lasierra. Es interesante notar que para la edición “definitiva” (de 1998) de *La isla que se repite* amplió su dedicatoria. Ya no era sólo Fernando Ortiz, sino que le dedica el libro a un grupo de escritores que de manera casi complementaria reinventó poéticamente el Caribe: “Debo al trabajo de muchos —de Fernando Ortiz a C. L. R. James, de Aimé Césaire a Kamau Brathwaite, de Wilson Harris a Edouard Glissant— una gran lección, y ésta es que toda aventura intelectual dirigida a investigar lo caribeño está continuada a ser una continua búsqueda”.

Es de destacar asimismo el diálogo crítico que mantuvo con la obra de estudiosos caribeñistas como Eric Williams, Sidney W. Mintz y Richard Price, y que releyó *The Black Jacobins* de C. L. R. James. En las universidades entabló amistad, entre otros, con los críticos literarios Alfredo Roggiano y Doris Sommer; con los historiadores Francisco Scarano, Frank Moya Pons, Alfonso Múnera y Silvio Torres-Saillant; con el sociólogo Ángel Quintero Rivera, y con el traductor Roberto Márquez. Un capítulo decisivo son las redes académicas cubanas, y las relaciones de Benítez Rojo con estudiosos como Carmelo Mesa-Lago, Roberto González Echevarría, Jorge Domínguez, Enrico Mario Santí, Gustavo Pérez-Firmat, y otros.⁷

Benítez Rojo se dirigió a múltiples destinatarios, lo cual debe tomarse en cuenta en la lectura de su libro. Aquí resulta pertinente la muy aguda observación de Ángel Rama sobre la necesidad que siente el escritor exiliado de dirigirse a públicos distintos, y el desafío que ello supone. Rama distinguía tres públicos:

El escritor exiliado funciona en relación a tres públicos potenciales que por familiares que sean se encuentran en distintas circunstancias: el público mayoritario del país o cultura en el cual se encuentra instalado provisoriamente; el público también amplio de su país de origen al que aspira a continuar hablando, no empuja las trabas que imponen las dictaduras para la circulación de su mensaje; el público de sus compatriotas que integran el pueblo de la diáspora, el cual no puede asimilarse simplemente al del propio país de

⁶ Publicado originalmente en Caracas, e incluido en el libro del mismo título editado por Jorge Ruffinelli, pp. 235-250. En este trabajo he tenido muy presente también otras perspectivas, como las que ofrece el excelente volumen compilado por Marc Robinson, *Altogether Elsewhere: Writers on Exile*, que contiene textos de Edward Said, Brodsky, Thomas Mann, entre otros. Es útil, además, el libro *Figuras del exilio* con ensayos de Margo Glantz, Juan Villoro y Carlos Monsiváis.

⁷ Queda por estudiar su correspondencia, ya disponible en la Firestone Library de la Universidad de Princeton. En ella he podido leer cartas con esos intelectuales que permiten empezar a reconstruir esas relaciones. Se trata de la Colección C-1099, que lleva su nombre, en la Sección de Manuscritos y Libros Raros.

origen por las nuevas situaciones que está viviendo. Es posible optar exclusivamente por uno de ellos pero lo propio de esta ubicación del escritor exiliado es el intento de conjugar los distintos públicos, que se traduce por su intento de hablar al mismo tiempo a todos ellos, lo que fatalmente habrá de reflejarse en la composición de su obra y será facilitado o entorpecido por el género que practica. (1995: 242)

Benítez Rojo, en efecto, estableció un diálogo con los lectores cubanos y caribeños que se encontraban fuera de sus países. Por otro lado, tomaba en cuenta a los posibles lectores, presentes y futuros, en la Isla. *La isla que se repite* —de ahí la importancia de su traducción— estaba también dirigido a la academia norteamericana, una comunidad que tenía sus propias exigencias teóricas y debates en torno a la cuestión de género, el multiculturalismo y la cultura popular.

Benítez Rojo había hecho estudios en los Estados Unidos antes de la Revolución y dominaba la lengua inglesa. Pero se refirió a las dificultades del aprendizaje de otra lengua: el lenguaje de la comunidad académica. Trató de suplir sus carencias poniéndose *à la page*, como deja ver en esta curiosa escena de lectura:

En realidad la primera mitad de los 80 fue una pesadilla para todos aquellos que, como yo, aspiraban a desenvolverse en el campo de la teoría literaria. El estructuralismo, la semiótica, la crítica arquetípica y la psicoanalítica todavía estaban en pie, si bien el posestructuralismo, la crítica lacaniana y la filosofía de la posmodernidad y los estudios de género ganaban adeptos velozmente en la vanguardia académica. Recuerdo que me pasaba leyendo, subrayando y tomando notas hasta donde me alcanzara el tiempo, incluyendo el de dormir. (2004: 41)

Por otro lado, atento a los paradigmas teóricos que ganaban terreno en el ámbito académico, invocó a Derrida y a Lyotard, y utilizó para sus propios objetivos el discurso crítico en torno a la polifonía y la carnavalización propuesto por Bajtín.

El título *La isla que se repite* reflejaba esa ambición teórica e inscribía la obra en la prestigiosa lengua de los saberes académicos. Era más obvio en el subtítulo, donde adquiría carácter cercano a un manifiesto: *el Caribe en la perspectiva posmoderna*.⁸ Se manifiesta igualmente en sus referencias —y explicaciones en comentarios y epílogos— a la teoría del Caos, que quizás sea más productivo leer como parte de su poética. A pesar de ese programa teórico —que le permitió nutrirse de registros muy diversos— llama la atención que en sus ensayos apenas haya mención de los trabajos de Edward Said, James Clifford y Stuart Hall, cuyas propuestas tuvieron fuerte impacto en esos años para la renovación de los estudios coloniales y poscoloniales.

III

La isla que se repite lo consagró como intérprete, marcó un punto de inflexión en el debate sobre la vida cultural caribeña y cubana, y le valió a su autor numerosos elogios. Su imagen de escritor ha quedado definida en buena medida por ese libro, y, sin duda, por su traducción al inglés. Fue, es preciso subrayarlo, un hecho bilingüe, de traducción.⁹

Benítez Rojo alcanzó su plenitud como ensayista con su propio mapa insular, su *Liber Insularum*. Pero, por paradójico que parezca, Cuba no estaba en el centro como la nación heroica celebrada por su Revolución; era una isla entre muchas otras, ni épica ni trágica. La visión que ofrecía era a la vez más expansiva e inclusiva. Desde las primeras páginas se constata su deseo de ir descubriendo otras islas frente al mar abierto. La anexión de espacios caribeños le permitía iluminar las zonas veladas tanto por el discurso nacionalista de “lo cubano” como por el del “hombre nuevo” del socialismo. En ese sentido, el libro resultó estimulante para una nueva generación de críticos y

⁸ El subtítulo desaparece de la segunda edición en español, la “definitiva”, de 1998 sin que el autor o el editor ofrezcan explicación. Para entonces lo “posmoderno” había perdido parte de su atractivo crítico.

⁹ La primera edición en inglés se publicó en 1992 por Duke University Press; la segunda, ampliada, en 1996.

narradores de la diáspora cubana empeñados en la creación de su propio espacio intelectual.¹⁰ Hay también mucha afinidad con el trabajo de otros caribeñistas, por ejemplo con el que llevaba a cabo Ángel Quintero Rivera en su estudio de las tradiciones que desbordan las categorías nacionales y territoriales y que confluyen en la música conocida como *salsa*.¹¹

Como es sabido, la memoria nacional ha sido un campo de debates en el que intervinieron las élites intelectuales cubanas a lo largo del siglo XX, brillantemente estudiadas por Rafael Rojas en su libro *Tumbas sin sosiego: Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano* (2006). Sin embargo, muy pocos escritores se identificaban con el Caribe. La heterogeneidad racial y etnohistórica del archipiélago socava la linealidad de los relatos nacionales y genera negaciones y debates, como se observa no sólo entre cubanos sino también entre puertorriqueños y dominicanos. Lo señaló concisamente el historiador cubano Moreno Fragnals: “el prejuicio racial era un a priori cultural”. (1995: 226) De hecho, el término *Caribe* llegó a ser en algunos casos sinónimo de lo afrocaribeño, contrapuesto a la “superioridad” del mundo hispánico o a la óptica idealizadora del *mestizaje* del discurso nacionalista. Paralelamente, *caribeño* es uno de los eufemismos empleados con frecuencia en lugar del despectivo “negro”, y no sólo entre cubanos o puertorriqueños.

De esa negación escapaban sólo algunas figuras del siglo XIX como los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, quienes polemizaron contra la herencia esclavista. Se distanciaron también algunos autores que escribieron bajo el impulso de las vanguardias de entreguerras de los años veinte y treinta del siglo XX, o aún más tarde, así como un pequeño grupo de intelectuales negros y mulatos que también abrían el debate sobre formas de negociar la negritud y la nacionalidad. Me refiero, entre otros, a los puertorriqueños Arturo Alfonso Schomburg, Julia de Burgos, Luis Palés Matos y José Luis González, a los cubanos Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, o al pintor Wilfredo Lam, cuyas poéticas desafiaban de manera explícita los presupuestos racistas y ponían en primer plano la necesidad de reconocer la presencia de África en múltiples aspectos de la cultura, la religiosidad y la política.

Benítez Rojo era consciente de que el mundo *afrocaribeño* representaba para muchos el pasado “subdesarrollado” superado por la nación moderna de la cual Cuba sería paradigma. Ramiro Guerra y Sánchez (1880-1970), por ejemplo, uno de los historiadores que más contribuyó a la imagen que se adjudicaban a sí mismas las élites cubanas, consideraba el latifundio azucarero como el enemigo y la contratación de braceros haitianos y jamaquinos como un cuerpo extraño amenazante. Con franca alarma, llegó, en 1927, a plantear ese temor apelando con urgencia a una dicotomía excluyente: “O [Cuba] aspira a continuar siendo una nación culta y progresista, o se resigna al porvenir de una colonia de plantaciones, renegando de su historia, de su presente y de sus ideales. O Barbados o Canadá”. (Guerra y Sánchez 1976: 139)

Esa superioridad, no exenta de cierto imperialismo cultural cubano, había penetrado en el tejido más íntimo de las tradiciones intelectuales. En el grupo *Orígenes* la noción de teleología insular que asociamos con la poética de Lezama Lima fue central, pero era una Cuba alejada del mundo afrocaribeño e incluso del *antillano*. “Lo antillano (que de lejos puede parecer lo mismo) no es igual que lo cubano” (1970: 268), se lee en el clásico *Lo cubano en la poesía* (1958), de Cintio Vitier. Así se evidencia en el extenso ensayo en el que Vitier trata la poesía de Nicolás Guillén, en el que cuestionó las categorías raciales de lo “blanco”, “negro” o “mestizo”, pues, según él, todo quedaba sumergido en “el fenómeno misterioso, imponderable, esencial y por lo tanto sin explicación válida, de *lo cubano*”. (1970: 433-34) Vitier fue incluso más lejos, y lo expresó de forma rotunda: “Esto no significa que no haya una zona sordamente africana, regresiva, en los predios mágicos y oscuros de la población negra y aún blanca”. (1970: 433-34).¹²

¹⁰ El ensayo de Benítez Rojo contribuyó a un debate muy productivo sobre las identidades en la diáspora cubana que no puedo estudiar aquí. Entre otros, habría que mencionar los libros y los ensayos de Gustavo Pérez-Firmat, Ruth Behar, y Antonio Vera-León, y la correspondencia con Benítez Rojo que se encuentra en la Biblioteca de Princeton. Véase, además, el libro de Isabel Álvarez Borland, *Cuban-American Literature of Exile: From Person to Persona*.

¹¹ Véase su libro *Salsa, sabor y control: sociología de la música tropical*.

¹² La bibliografía en torno a la cuestión racial y la nación cubana es abundante. Para los cambios y las continuidades del contexto, véase el estudio de Alejandro de la Fuente, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba, 1900-2000*.

Al dedicarle *La isla que se repite* a Fernando Ortiz (1881-1969), Benítez Rojo asumía otra genealogía. Invocó al autor del *Contrapunteo* contra el hiriente discurso racista. Benítez Rojo sí toma en cuenta el color de la piel, pero postula que en el Caribe “la piel es un territorio en continuo conflicto” tanto para negros como para blancos. (1989: 268). Es cierto que Ortiz prestaba más atención a la formación de los ciudadanos *cubanos* que al archipiélago del Caribe. Benítez Rojo, sin embargo, insistió en el valor de su legado, no sólo por el talante literario de su obra, sino porque Ortiz, aunque no abandonó el proyecto nacional, sentó las bases para el estudio etnográfico de la espiritualidad del mundo afrocaribeño, e insistió en estudiar las relaciones entre europeos, africanos, indígenas y asiáticos. Ese multifacético mundo había sido estereotipado en las representaciones de lo “nacional” y desplazado mediante la celebración del *mestizaje*.¹³

IV

En verdad el Caribe no era nuevo para Benítez Rojo. Los tres intelectuales cubanos que más peso tuvieron en su formación —Alejo Carpentier, Fernando Ortiz y Manuel Moreno Franginal— le prestaron gran atención a la esclavitud y a la herencia de las culturas africanas, y al violento proceso de dominación colonial. Además, algunos de los relatos publicados por Benítez Rojo cuando aún se encontraba en La Habana se situaban en el archipiélago, sobre todo su novela *El mar de las lentejas* (1979). En ella quedaba ya definida su preferencia por las grandes recreaciones de la fundación americana y de la trata de esclavos, y en ella estaba presente la narrativa de Carpentier, a quien admiró tempranamente. En 1970 escribía sobre Carpentier: “La magia auténtica de América, en especial de la cuenca del Caribe, se oponía eficazmente a las resabidas fórmulas europeas para subvertir una realidad de cronómetro suizo”. (Benítez Rojo 1970: IX)

Por otro lado, con la Revolución cambiaron —aunque no sin ambigüedades— las perspectivas respecto del Caribe, y Benítez Rojo participó en la elaboración de una política cultural. Mantuvo una presencia en los encuentros y ediciones auspiciados por Casa de las Américas y su Centro de Estudios del Caribe. La novela caribeña fue el objeto de algunos de sus ensayos, como el sugerente “¿Existe una novelística antillana de lengua inglesa?”, de 1975.¹⁴ Viajó con las delegaciones cubanas a Jamaica (1978) y Venezuela (1979), fue editor del *Anuario del Centro de Estudios del Caribe* (1980), y actuó como uno de los organizadores de *Carifesta*, celebrado en Cuba en 1978-79. De todo ello hay huellas en sus textos.

No es posible, pues, reducir su concepción del Caribe a una simple oposición entre un antes y un después de su salida. El propio autor escribía en 1996 a propósito de sus cuentos: “Me gustaría dividir mis escritos en dos grupos no excluyentes, uno *cubano*, al que pertenecen los cuentos recogidos en este volumen, y otro *caribeño*, el cual empezó a cobrar cuerpo en 1979 con *El mar de las lentejas*, se definió con *La isla que se repite* y se ha prolongado hasta hoy”. (1997: 5) Tenemos entonces que preguntarnos ¿qué cambió en sus años de exilio? Destaco tres aspectos. En primer término, su preferencia por el ensayo interpretativo. En segundo lugar, la apertura a muy variadas inspiraciones teóricas. Y, tercero, la dimensión política: su voluntad de crítica al presente del proyecto político-militar de la Revolución y a la exclusión de los afrocubanos de los proyectos nacionales.¹⁵ Un ejemplo: no fue por casualidad que le dedicó el segundo capítulo de *La isla que se repite* a Bartolomé de las Casas y a destacar el papel que jugó en su defensa el intelectual cubano José Antonio Saco, otro desterrado. Benítez Rojo se identificó claramente con Saco en tanto que exiliado e historiador de los sistemas esclavistas. Quizás sentía que lo había comprendido, a pesar de que en el siglo XIX Saco expresó con insistencia el temor a la “africanización” de Cuba.

¹³ Para un replanteo del significado de “África” y lo conflictivo de algunas categorías como “criollización” en la antropología y en los debates del siglo XX, véase el volumen compilado por Kevin A. Yelvington, *Afro-Atlantic Dialogues: Anthropology in the Diaspora*. Agradezco esta valiosa referencia a Jorge Giovannetti.

¹⁴ Publicado en *Casa de las Américas* en un importante número de 1975 dedicado íntegramente al tema “Las Antillas de lengua inglesa”, en el que se incluyen traducciones al castellano de textos de C. L. R. James, Rex Nettleford, Wilson Harris, Derek Walcott, Andrew Salkey, y otros. Entre los traductores estaban Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, y Samuel Feijóo.

¹⁵ Véase su importante ensayo “La cuestión del negro en tres momentos del nacionalismo literario cubano”.

En el exilio, además, algunas perspectivas críticas nuevas se hacen evidentes. En primer lugar, en los años de su exilio hay un interés en la oralidad y sus tradiciones, y también en los contenidos míticos de las culturas caribeñas. Por otro lado, en los ensayos de *La isla que se repite* las novelas se convierten en fuente indispensable en la búsqueda del “Ser caribeño, violentamente fragmentado y desterritorializado” (1989: 200) como consecuencia de la esclavitud y la violencia colonial. Por último, era nueva la insistencia de Benítez Rojo en una historia alternativa de Cuba, distinta del relato teleológico que situaba la nación en el centro. Fue su modo “posmoderno” de intervenir en la “guerra de la memoria” estudiada por Rafael Rojas en su libro.

V

La isla que se repite no es, ni pretende ser, una “historia” del Caribe, sino más bien la historia vista desde el Mar Caribe, en una mirada abarcadora parecida a la de Fernand Braudel y su Mediterráneo. Benítez Rojo muestra gran elasticidad: el título mismo concita una suerte de exorcismo de cualquier noción estable de identidad o de origen. El autor se fue construyendo otra isla —¿otra patria?—, su Utopía.

¿Cuál es ese *Caribe* que el autor expone y defiende? ¿Cómo acceder a él? Esas preguntas no tienen una respuesta simple. No es una nación o un Estado caracterizado en términos convencionales de unidad lingüística o territorial, sino una sociedad moldeada por relaciones imperiales y por dislocaciones traumáticas. El libro ofrece un complejo esquema narrativo que, al modo de las cajas chinas, conecta historias diversas de invasiones europeas, reacciones indígenas, y presencias africanas. ¿Qué lo unifica? La violencia ilimitada de la esclavitud, y, por debajo, una belleza rítmica y dinámica, como la de la música o el mar. Resulta interesante comprobar que Benítez Rojo había anunciado el libro con un primer título que luego descartó: *El mar de los tres trópicos*.¹⁶

Al mismo tiempo, *La isla que se repite* es la historia de la lectura de determinados libros y autores, lo cual le daba pie al autor a intercalar sus observaciones. Efectivamente, mediante frecuentes digresiones, se cuenta más de una historia. Es significativo, además, que Benítez Rojo no cesó de ampliar *La isla que se repite* hasta el final de sus días. Para la segunda edición (1996) de la traducción inglesa añadió tres ensayos y nuevas referencias, y en la edición en español publicada en Barcelona en 1998, que se anunció como “definitiva”, también se agregaron otros trabajos. El libro era su testamento.

Benítez Rojo imagina la Isla como prisión. Pero también lo contrario: como un espacio marino en el que lo esencial es la fluidez, el flujo y el reflujos de las mareas, de las personas, de mercancías, de las palabras. Se fue alejando tanto de la celebración de la “nación” como de los nombres *Antillas* o *West Indies*. De hecho, no se propuso resolver el problema de los límites geográficos que plantea la expresión el *Caribe insular*.¹⁷ Su *Caribe* carece de centro: está diseminado por todas partes. Se encuentra mucho más allá del enjambre de islas y pueblos costeros hasta llegar a convertirse en un “meta-archipiélago” que “desborda con creces su propio mar” y que proteicamente “puede hallarse en Cádiz o en Sevilla...o en una discoteca en Manhattan” (1989: v). Benítez Rojo, al igual que Luis Palés Matos en el *Tuntún de pasa y grifería* (1937) o Kaumu Brathwaite en los poemas de *Islands* (1969), lo identifica poéticamente con la fluidez de una cultura “acuática”, una cultura sinuosa donde el tiempo “se resiste a ser capturado por el ciclo del reloj” (1989: xiv). Acuática por excelencia, es el reino de “las corrientes marinas, de las ondas, de los pliegues y repliegues, de la fluidez y de las sinuosidades” (1989: xiv) donde el sujeto puede guarecerse.¹⁸ Es un lugar y un tiempo elevado al estatuto del Mito y la Utopía.

¹⁶ Así figura en un *currículum vitae* suyo de hacia 1986 que tengo en mi archivo personal. Aparece bajo *work in progress* que publicaría Ediciones del Norte.

¹⁷ Que sigue siendo objeto de estudio y debate. Para una visión histórica es indispensable el libro de Peter Hulme, *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. Véase también el volumen de Ana Pizarro, *El archipiélago de fronteras externas: culturas del Caribe hoy*.

¹⁸ J. Michael Dash sitúa a Benítez Rojo en ese marco en su libro *The Other America: Caribbean Literature in a New World Context*. Véase también su ensayo “Libre Sous la Mer—Submarine Identities in the Work of Kamau Brathwaite and Edouard Glissant”.

VI

En el “origen” está siempre la violencia. La isla se repite porque la “máquina” de la Plantación colonial, cuyo gobierno “suele tener un corte autoritario cuando no despótico” (1989: 145), le dio su forma. El punto de partida es la noción de “máquina” tomada de *El Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, “que debe verse como una cadena de máquinas acopladas” (1989: viii). Hay que tener en cuenta los conceptos de “máquina deseante” y las “máquinas sociales”, y especialmente la relación de ambos con la territorialización.¹⁹ Benítez Rojo los utilizó para referirse a los poderes coloniales, militares y comerciales que han transformado constantemente la región.

Por otra parte, la mecánica de la historia caribeña se escribe como en *El ingenio*, de Moreno Fragnals, el gran historiador marxista, a quien el novelista tanto debía. En las lecturas que se han hecho de *La isla que se repite* no se ha insistido suficientemente sobre esa deuda. Lo cierto es que el primer capítulo del libro “De la plantación a la Plantación”, puede leerse como una brillante paráfrasis de la obra de Moreno Fragnals y de los trabajos de Sidney Mintz.²⁰ Moreno Fragnals insistía en la importancia de las estructuras de poder generadas por la Plantación, de las que nunca está libre la esfera de la cultura. El énfasis de Benítez Rojo está puesto también en la sociedad forjada por la esclavitud y el sistema colonial, un mundo en el que convivían africanos y europeos, indígenas, chinos y *coolies* de la India.

El argumento principal de *La isla que se repite* se puede formular esquemáticamente. Las islas, en distintos momentos de su historia, pasaron por procesos idénticos. La función de control sobre la vida y la muerte ejercida por la Plantación azucarera no cesó de dejar marcas en los cuerpos y los espíritus. La Plantación modificó la ecología, introdujo revoluciones técnicas, y produjo sociedades represivas y escisiones que dividen el interior del Caribe: “capitalismo, intervenciones, bases aeronavales, ocupaciones militares, revoluciones de toda suerte e, incluso, un ‘estado libre asociado’ junto a un estado socialista no libre”. (1989: xii) Ese “gran relato” conllevaba una intención polémica que se hace más explícita aún en el siguiente comentario sobre el proyecto de la Zafra de los Diez Millones: “En 1970, cuando el gobierno cubano intentó producir diez millones de toneladas de azúcar, el país quedó virtualmente paralizado, o si se quiere, convertido en una descomunal plantación estatal donde la zafra dictaba la ley.” (1989: 53) La Revolución garantizaba así la continuidad de la Plantación.

El cimarrón se convierte en una figura emblemática. Cuando estudia la novela del puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá, *La noche oscura del Niño Avilés* (1984), Benítez Rojo lo condensa de la siguiente manera:

¿Por qué en el Caribe siempre hay que huir hacia la libertad, o mejor hacia un espacio que se dibuja en la imaginación como el de la libertad? La respuesta es obvia: las sociedades caribeñas son de las más represivas del mundo. [...] Pero aquí me refiero a otra clase de represión, y ésta es la que experimenta todo caribeño dentro de sí mismo y la que lo impele a huir de sí mismo y, paradójicamente, en última instancia, la que lo conduce de nuevo hacia sí mismo. (1989: 287-88)

La isla ocasiona estragos, pero también crea esperanzas utópicas. Habría que leer a Benítez Rojo en el marco de la larga tradición literaria en torno al mundo insular, desde *Robinson Crusoe* hasta Georges Lamming o Kaumu Brathwaite.

Recapitulemos. La Plantación es la Ley. Apuntala controles rigurosos sobre los cuerpos y los espacios, y permea tanto la cultura como la política. Ello no quiere decir que lo configure todo. Las

¹⁹ Véase *El Anti-Edipo*, sobre todo el cap. 1, “Las máquinas deseantes”, y el cap. 3, “Salvajes, bárbaros, civilizados”.

²⁰ De hecho, Benítez Rojo resume en el libro su poderoso ensayo “Azúcar / poder / literatura”, publicado en 1988. Véase también el trabajo de Moreno Fragnals “En torno a la identidad cultural en el Caribe insular”, que permite constatar hasta qué punto sus consideraciones sobre la Plantación fueron decisivas para Benítez Rojo. Se publicó en *Casa las Américas* en 1980, en un número especial que recoge los trabajos del simposio sobre identidad cultural caribeña auspiciado por Carifesta en La Habana en 1979 y de cuyo comité organizador fue miembro Benítez Rojo. Contiene ensayos de George Lamming, Victor Stafford Reid, René Depestre y Jan Carew, entre otros. Benítez Rojo cita el de Reid en *La isla que se repite*, pp. 217-218.

islas no siguen un único modelo ni sus historias siguen un mismo tiempo rectilíneo. Más bien sufren un movimiento doble de atracción y rechazo. Cada isla está fuertemente individualizada: Haití-República Dominicana, Curazao, Jamaica, Martinica o Puerto Rico protagonizan su propia historia, con sus códigos sociales en los que a lo largo de los siglos también dejaron sus huellas distintivas los españoles, británicos, holandeses, franceses y corsos. Las islas se repiten, pero nunca de la misma manera.

En otras palabras, la isla no sólo se reproduce pasivamente. El título de la espléndida traducción al inglés de James Maraniss (*The Repeating Island*) logra expresar el impersonal “se repite”. ¿Quién la mueve? No parece haber persona alguna, más bien funciones sin sujeto, una máquina que está antes del comienzo. Es como si la isla estuviera movida por su propio motor. Pero en castellano el título admite también la interpretación más activa: la isla se repite a sí misma, reflexivamente. Todas son cercanas y lejanas: el modo de su diferencia es lo que importa. Es una historia simultáneamente de quietud y de movimiento. Así, la “máquina” caribeña es flujo e interrupción, humanizando un espacio que “sólo puede ser intuido a través de lo poético” (p. xxii). En el lenguaje poético-simbólico de sus descripciones sigue resonando su lectura de Carpentier, la “magia” del Caribe, capaz de subvertir, como hemos visto antes, “una realidad de cronómetro suizo”.

VII

En *La isla que se repite* se insiste en que las formas culturales se manifiestan *de cierta manera*. Benítez Rojo eligió una categoría deliberadamente vaga. ¿Cómo entenderla? La primera aparición de esa frase corresponde al significado posible de la geografía del Caribe: “un puente de islas que conecta *de cierta manera*” el Norte y el Sur, dice en la Introducción. Al lado de esta significación aparece otra que ya no apunta a la geografía. El autor cuenta una suerte de epifanía en medio de la aterradora crisis de los misiles de 1962, resultado de “la plantación de proyectiles atómicos sembrada en Cuba” por la “máquina rusa” (1989: xiv). Implicado como “testigo”, narra en primera persona. Vale la pena detenerse en ese pasaje, que ha sido citado frecuentemente. Desde su balcón, observa la presencia de dos mujeres negras —el género y el color de la piel tienen especial significación— que pasaban por la calle. El autor cuenta sus recuerdos —¿sueños? Recuerda los gestos, el chachareo, y los cuerpos de ambas, elevándolas a un plano simbólico y confrontándolas con la militarización de la sociedad: “Mientras la burocracia estatal buscaba noticias de onda corta, y el ejército se atrincheraba inflamado por los discursos patrióticos y los comunicados oficiales, dos negras viejas pasaron *de cierta manera* bajo mi balcón [...] Sólo diré que había un polvillo dorado y antiguo entre sus piernas nudosas, un olor de albahaca y hierbabuena en sus vestidos, una sabiduría simbólica, ritual, en sus gestos y en su chachareo. En ese momento supe que no ocurriría el apocalipsis”, porque “el Caribe no es un mundo apocalíptico” (1989: xiii), y porque la “actuación” de las mujeres al ejecutar “un ritual” logró conjurarlo (1989: xv).

Subrayemos la antítesis: en su relato la esperanza utópica está encarnada en las mujeres, en contraste con la máquina militar masculina que incita a la guerra y es lindante con la muerte, al igual que en la disyuntiva “Patria o Muerte” (1989: xiv). Es interesante notar que esa escena se repite. Se trata de una versión de otro relato que Benítez Rojo trae a colación al final del capítulo 1, donde reproduce una escena descrita por un viajero francés a Santiago de Cuba en el siglo XIX. Al comentar la imagen de la plaza del mercado que atrapa la mirada del viajero E. Duvergier de Hauranne, Benítez Rojo interpreta lo que ha llamado la “actuación” de unas “negras santiagueras” que se movían ya “de cierta manera”. Más aun: en aquel espacio público —del siglo XIX— se escuchaban combinaciones rítmicas que “una vez abordadas a través de la experiencia estética, inducen al performer a recrear un mundo sin violencias”. (1989: 65) Benítez Rojo prolongó al presente aquel escenario festivo que aludía al objeto del deseo humano.

Hay todavía otro momento en que se reitera la oposición entre hedonismo y dominación: “algo remoto que se reproduce y que porta el deseo de conjurar apocalipsis y violencia; algo oscuro que viene del performance y uno hace suyo de manera muy especial.” (1989: xxii) Y la expresión reaparece en el contexto de la discusión sobre las identidades en el Caribe, que se transforman sin cesar, y que sólo pueden ser reconstruidas “por la posibilidad de ser *de cierta manera* en medio del ruido y la furia del caos” (1989: xxxv, énfasis del autor).

Ser *de cierta manera* no llega a cristalizar un concepto preciso; es algo “oscuro” y “remoto”, ¿el oscuro objeto del deseo? Benítez Rojo emplea la frase al referirse a un ritmo que es anterior a la mano del tamborero, un ritmo que actúa enigmáticamente. La expresión deja abierto un insondable mundo mágico que no es posible refutar con argumentos racionales. Su imprecisa historia remite a menudo a la *fiesta* que contrarresta las jerarquías de la Plantación. Lo que se sugiere es una idealización estética y política: con su erotismo, los ritmos que vienen del fondo ordenan el mundo y lo ponen a salvo de la destrucción. Todo ello culmina en el *carnaval*, “la gran fiesta del Caribe” que Benítez Rojo identifica en el orden simbólico con algo “poderosamente femenino” por su “condición de flujo, su difusa sensualidad, su fuerza generativa.” (1989: xxxviii) Son rituales arcaicos, algo que ha quedado y que genera nueva vida.

A lo largo del libro, el autor insiste en la especial plasticidad de las tradiciones polirrítmicas africanas que transforman la solidez de la Máquina caribeña en materia fluida. La repetición es un arte, y sus momentos son como las olas del mar que rompen hacia nosotros y luego se retiran. En la danza persiste una memoria corporal liberadora. Los cuerpos se ponen en movimiento por la sensualidad “femenina” del ritmo, que se manifiesta en diferentes estilos y lugares. El rito incluye un amplio espectro de actores sociales, quienes inventan, en cada repetición, nuevas reglas.²¹

¿No hay aquí una profunda conexión con el antiguo *topos* del espíritu opuesto al mundo mecánico? Como en la poética “afroantillana” de Luis Palés Matos, en *La isla que se repite* se elabora una metáfora constitutiva de un organismo. Hay un cuerpo que se repite de otra manera, como en una auto-retracción que tal vez exceda todo esquema conceptual. A Benítez Rojo le interesa la reconciliación del cuerpo y el alma en una danza que permita escapar de la maquinaria de muerte que es la Plantación. Mediante la memoria y los ritmos se puede acceder a formas de belleza, el cuerpo puede recuperar su subjetividad.

VIII

Benítez Rojo trabajaba, si no por fuera, sí en contra de los límites impuestos por los paradigmas eurocéntricos y nacionalistas. El universo que presenta no es sólo europeo, africano o indígena, sino una mezcla de culturas y tiempos que marchan juntos. Y aquí es donde retoma a Fernando Ortiz, cuyos libros contribuyó a poner en circulación en espacios culturales diferentes. La deuda con su noción del *contrapunteo* es decisiva, como se puede ver ya en la dedicatoria del libro y en el capítulo 4, “Fernando Ortiz: el Caribe y la posmodernidad”.

Apropiándose del concepto de *transculturación* de Ortiz, el autor insiste en la perpetua mutación de las culturas. Pero en su seductora disputa alegórica del Tabaco y el Azúcar, Ortiz subrayaba el adjetivo *cubano*, mientras que Benítez Rojo sostuvo que el adjetivo debería ser *caribeño*: “Recuérdese que el adjetivo que define y nacionaliza al *Contrapunteo* es el de *cubano*, léase *caribeño*.” (1989: 184, énfasis del autor) Además, en el *Contrapunteo* el Tabaco (y su tradición intelectual, masculina y progresista) adquiriría un *status* heroico en la tradición *cubana*. Benítez Rojo astutamente evitó el adjetivo nacionalizador. Le interesaba más subrayar el contraste entre el “discurso científico” y las tradiciones orales. En dos expresiones reveladoras la una para la otra, se refiere a la posibilidad de “bailar la lengua” que caracteriza a los “Pueblos del Mar”. La caribeñidad, escribe, se encuentra “en el contrapunto entre el mito de los Pueblos del Mar y el teorema de Occidente.” (1989: 176). La apuesta de su búsqueda residía en un posible “sujeto caribeño” situado más allá de las ideas convencionales de nación o de raza.

El sujeto histórico para Benítez Rojo ya no era sólo o principalmente Cuba, sino el archipiélago o, mejor, el “meta-archipiélago”. El tiempo se inscribe en el espacio, y, por tanto, las islas son, a la vez, “originales” y “copias”: son variaciones históricas de la Plantación y de las culturas criollas. Los procesos son inscriptos en cada una de ellas con sus propios y singulares efectos y temporalidades, producidos en momentos históricos distintos. Las islas son simultáneas y no sucesivas.

²¹ Toda repetición establece a la vez un grado de diferencia, como ha mostrado Deleuze al explicar la idea de Nietzsche sobre el eterno retorno, dado que el retorno no ocurre desde la identidad de lo Mismo, sino desde la diferencia que instaura la Alteridad. *Diferencia y repetición*, p. 7.

Invocando a Carpentier, y de un modo que ilumina su propia poética “acuática”, Benítez Rojo afirmó que el Caribe era más bien comparable a una galaxia, “el espiral caótico de la Vía Láctea” (1989: v), siempre abierto y fluido, inaprensible e incompleto, constituido por “objetos que se hacen visibles mientras otros desaparecen en el vientre de la oscuridad.” (1989: v). Este punto resulta crucial: las islas no tienen genealogías claras ni propiedades fijas. Ninguna de ellas puede ser considerada el *principio* o el *final*. Los temas centrales de su libro son la Unidad y la Pluralidad, las identidades junto a las diferencias, la destrucción pero también la resurrección, y el deseo de fuga hacia un lugar donde el Estado no tenga capacidad de intervenir.

IX

Cuando una época se desmorona, sugiere Benjamin, “la Historia se descompone en imágenes, no en historias”. (Benjamín 2005: 478) Para Benítez Rojo, en efecto, algunas imágenes son particularmente poderosas. Y ahora llegamos a una que es central en su obra: la figura del naufrago que nada contra las olas del Mar Caribe. Benítez Rojo combinó relatos históricos, mitos, referencias musicales y tropos que culminan con el anónimo sobreviviente del capítulo 6, “Los pañamanes, o la memoria de la piel”. Ahí ofrece una extensa lectura de la novela de Fanny Buitrago, *Los pañamanes*, de 1979.²² El *pañamán* es una vieja leyenda transformada en mito en la novela, mito retomado y modificado por Benítez Rojo.²³ La palabra es un *Spanish man* “imperfecto” y “mal pronunciado”, el naufrago español de la novela. No es un “héroe” épico ni un Calibán revolucionario dispuesto a tomar las armas para castigar al régimen colonial. El personaje es un sujeto que ha perdido su nombre, un *homeless*, alguien sin hogar, que sabe que no cuenta, como Robinson, con más que sus complejas redes de memoria y deseo.

No se trata de un “paradigma” teórico. Benítez Rojo lo condensa en la metáfora del naufrago que sobrevive y quizás pueda contar su historia. El oleaje ha devuelto a la orilla su cuerpo desnudo que lleva un texto inscrito.²⁴ Sus cicatrices y sus tatuajes son marcas indelebles, imágenes culturales con trazos del pasado:

Todo caribeño, al final de cualquier intento de llegar a los orígenes de su cultura, se verá en una playa desierta, solo y desnudo, emergiendo del agua salada como un naufrago tembloroso —*The Spanish man*—, sin otro documento de identidad que la memoria incierta y turbulenta inscrita en las cicatrices, en los tatuajes y en el color mismo de su piel. En última instancia todo caribeño es un exiliado de su propio mito y de su propia historia; también de su propia cultura y de su propio Ser y Estar en el mundo. Es, simplemente, un pañamán. (Benítez Rojo 1989: 241).

Quisiera acentuar las implicaciones que ese antiguo *topos* tiene para la poética y la política esbozadas en el libro. Con la imagen del naufragio, Benítez Rojo rechazaba de forma irreconciliable una muy asentada tradición historiográfica y política “revolucionaria”. El *pañamán* ha sido desnudado casi hasta la muerte. El autor hace hincapié en los tatuajes impuestos sobre un cuerpo pero cuyo mensaje no podemos descifrar. Es un Ulises que ha atravesado los límites de la vida y la muerte, y las corrientes amenazan con arrastrarlo. Quiere dar testimonio, pero debe recorrer de nuevo el aprendizaje de las palabras. Ese sujeto reticente emerge de ciudades sumergidas, como las que conforman el mundo descrito por Derek Walcott: un libro secreto lleno de fantasmas que el poeta extrae de las profundidades del mar.

²² El trabajo es una versión ampliada y muy enriquecida de un ensayo publicado en 1981 en la revista *Eco* bajo el título “*Los pañamanes*: mito y realidad en el Caribe”, y que al autor continuó revisando, como ocurre con casi todos los trabajos del libro.

²³ Buitrago relata la leyenda del *pañamán* junto a otros mitos de la tradición oral isleña en su libro *Bahía sonora*, anterior a la novela comentada por Benítez Rojo.

²⁴ Es una imagen que tiene, por supuesto, largas resonancias en la tradición literaria. Véase el iluminador artículo de Margo Glantz, “El cuerpo inscrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca”.

En el “comienzo” estaba la pérdida: no hubo ningún idílico primer momento. Lo que se repite es el pasado experimentado como trauma. El Caribe, había escrito el autor en la Introducción a *La isla que se repite* aludiendo a las aguas del origen, es “una sociedad imprevisible originada en las corrientes y resacas más violentas de la historia moderna” (1989: xxxv). La imagen del naufragio resuena en varios niveles: el sujeto caribeño está desnudo, pero ha sido moldeado por desertores, piratas, bucaneros, contrabandistas y cimarrones a lo largo de siglos. Su elusiva historia debe buscarse en la memoria de la comunidad. No es casual que en las poéticas modernas el *outcast* haya sido también un símbolo del artista. Benítez Rojo quiso ser fiel a la desnudez del náufrago.

X

El tropo del naufragio contradice el paradigma de la “Revolución” y otras narrativas “modernas” optimistas. Tal vez sea ese el sentido, desilusionado, del “final” anunciado en su libro por el prefijo *pos* en el término *posmodernidad*. Se contrapone también a la noción de *mestizaje* concebido como síntesis armoniosa. Desde esa perspectiva, *La isla que se repite* podría leerse como una crítica del *Calibán* de Roberto Fernández Retamar. Está implícito cuando Benítez Rojo, en su provocadora lectura de *El gran zoo* de Nicolás Guillén, insiste en que no puede llegarse a ninguna síntesis o mestizaje de lo blanco europeo y lo negro africano. Es un “diálogo de diferencias que no concluye”: “Así, tanto Calibán como Próspero, son signos dobles que no alcanzan a excluirse mutuamente, ya que cada uno de ellos desearía estar secretamente en el lugar del otro” (1989: 135).²⁵ En el capítulo 7, sobre el relato *Viaje a la semilla* de Carpentier, Benítez Rojo enuncia el nexo entre una “búsqueda imposible” y la escritura: “nunca se llega a ser caribeño del todo; siempre se está más acá o más allá, siempre se es y está en la búsqueda de la *caribeñidad*, y, sobre todo, siempre se escribe página tras página de esa búsqueda o de la ilusión de haberla terminado tras alcanzar una *victoria* que a poco se disipa” (1989: 267).

El capítulo titulado “Nicolás Guillén: ingenio y poesía” añade mucho a nuestra comprensión del posicionamiento de Benítez Rojo. Ahí destaca los valores de la sensualidad y del tambor, haciendo explícita su convicción de que “detrás de su *performance* reside el sacrificio que va a salvar al grupo de la violencia”, y señala que Guillén proclama esa “laboriosa victoria cultural” en poemas como “La canción del bongó”. (1989: 121) El tema de la muerte y la resurrección aparece de diversas maneras. Los poemas que Guillén reunió en *Sol de domingo* ponen de manifiesto, según Benítez Rojo, que “tanto el pasado como el presente se muestran sombríos en la intemporalidad del recuerdo.” (1989: 144) Destaca la asunción de la muerte que encuentra en los poemas de Guillén, pero también el deseo de desafiar su incesante movimiento. Benítez Rojo escribe: “A la muerte circular que inflige la Plantación, hay que oponer un intento de fuga [...] Pero el mito de Resurrección no es una verdadera ruptura con la muerte, sino más bien habla de un aplazamiento, o mejor, del deseo de una nueva oportunidad para desafiarla.” (1989: 147)

Todo en *La isla que se repite* parece haber sido trabajado en función de esa creencia en la resurrección como respuesta al trauma de la Plantación.

XI

¿No es el mismo Benítez Rojo quien se busca y quien logra encontrarse en la imagen del náufrago? Tal vez estaba hablando de sí mismo y de su creciente melancolía. El *pañamán*: un retrato con autorretrato al fondo. Parece ser emblemático del escritor en un mundo de represión: un sobreviviente de acontecimientos traumáticos.

En su apropiación del *pañamán*, el tiempo de la narrativa de la *isla que se repite* llega a coincidir con el tiempo de la narración, el del propio autor en el exilio. No es posible leer esos pasajes sin recordar lo que Benítez Rojo escribió sobre la redención, años antes, al final de su ensayo sobre

²⁵ No puedo citar aquí los incontables trabajos sobre el mito de Calibán, pero para el influyente y discutido texto de Fernández Retamar habría que ver el volumen *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*, editado por Sklodowska y Heller, especialmente los trabajos de Silvio Torres-Saillant, “La traición de Calibán: hacia una nueva indagación de la cultura caribeña”, pp. 21-54; y el de Silvia Spitta, “Desdoblamiento calibanescos: hacia lo complejo”, pp. 275-297.

Rulfo en la *Recopilación* mencionada arriba: “Pero allá, a lo lejos, se dibuja un breve resplandor, quizá una puerta, acaso, solamente una llave. Es la poesía. A lo mejor ahí está la redención”. (1969: 71)

Uno de los más celebrados cuentos del primer libro de Benítez Rojo, *Tute de reyes* (1967), se titulaba “Estatuas sepultadas”, es decir, que es preciso desenterrar. Parece anticipar sus posiciones venideras. El simbolismo alcanza tal vez su formulación más concisa en *La isla que se repite* cuando se describen zonas que tienen una vida secreta al margen de las avenidas, plazas y edificios institucionales de la ciudad. El término de comparación ya no es la danza o la música, sino los barrios o espacios medio ocultos del casco urbano: “Toda ciudad caribeña lleva en sus entrañas ciudades minúsculas, fetales, nódulos de turbulencia que se repiten —cada copia diferente— por marinas, plazas y callejones”. (1989: 233) Otro pasaje del motivo —en clave utópica— bien puede ser esta descripción del acogedor y heterogéneo *solar* habanero, el teatro por excelencia de una sociabilidad singular configurada por una polifonía de voces y tradiciones, que es análogo al *yard* de otras ciudades:

Más tarde, el *yard* o *solar* dio cabida a los asiáticos —chinos, indios, javaneses— que habían cumplido sus contratos de trabajo y decidían permanecer en el Caribe; también dio cabida al “blanco pobre”, al *petit blanc* de las colonias francesas, y a las sucesivas inmigraciones de portugueses, árabes, gallegos, judíos, eslavos, yucatecos, antillanos de otras islas, en fin, a todos aquellos que dejaban atrás el hambre, el pogrom, la guerra, la cárcel, las deudas, para probar fortuna en los puertos caribeños. (Benítez Rojo 1989: 234)

Para Benítez Rojo, la excavación de las ciudades que el sujeto conoce de manera íntima aparece conectada con la escritura y sus posibilidades.

En *El discurso antillano*, Glissant declara: “Exigimos el derecho a la oscuridad”, es decir, “el derecho a confrontar el ideal de universalidad transparente impuesto por Occidente”. (1999: 2) Hay experiencias que quedan en la penumbra porque no existe un lenguaje para contarlas, salvo el poético. A ello quizás alude Benítez Rojo en la nota que escribió con motivo de la muerte de Jesús Díaz (1941-2002), otro escritor que había roto con la Revolución y con quien había compartido sueños utópicos y decepciones: “Pienso que ambos llegamos a sentir por el otro esa profunda comprensión que, más allá de las palabras, une a gente ya madura que ha pasado por trances semejantes”. (2002: 97) Después del naufragio, Benítez Rojo sobrevivía en su Caribe, *at home* y a la vez *homeless*, en su hogar, y permanentemente sin hogar. Encontró refugio en la tradición del exilio, es decir, se encontró a sí mismo en la escritura.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor W. (1962). “El ensayo como forma”, en *Notas de literatura*, Trad. de Manuel Sacristán, Barcelona, Ariel, 11-36.
- ÁLVAREZ BORLAND, Isabel (1998). *Cuban-American Literature of Exile: From Person to Persona*, Charlottesville, The University Press of Virginia.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1970). “Notas”. *Quince relatos de la América Latina*, selección de Antonio Benítez Rojo y Mario Benedetti, La Habana, Casa de las Américas, vii-xiii.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1975). “¿Existe una novelística antillana de lengua inglesa?”. *Casa de las Américas* 91: 25-27.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1984). *Estatuas sepultadas y otros relatos*. Selección y prólogo de Roberto González Echevarría, Hanover, Ediciones del Norte.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1988). “Azúcar/poder/literatura”, y “De la plantación a la Plantación”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 451-452: 195-215 y 217-239.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1989). *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, Ediciones del Norte.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1990). *El mar de las lentejas*, 2ª. ed., prólogo de Jaume Font, Barcelona, Plaza y Janés, 1985. Traducción: *Sea of Lentils*, translated by James E. Maraniss, introduction by Sydney Lea, Amherst, University of Massachusetts Press.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1996). *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*, 2a. ed., Traducción de James E. Maraniss, Durham, Duke University Press.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1997). “La cuestión del negro en tres momentos del nacionalismo literario cubano”. *El Caribe entre imperios. Revista del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico*, Arcadio Díaz Quiñones, ed., 9: 275-285.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1997). *Antología personal*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1998). *La isla que se repite*, Edición definitiva, Barcelona, Editorial Casiopea.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (2001/02). “Antonio Benítez Rojo: Entrevisto”. *Encuentro de la Cultura Cubana* 23: 9-15.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (2002). “Jesús en dos momentos”. *Encuentro de la Cultura Cubana* 25: 96-97.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (2004). “Notas personales sobre *El peregrino en su patria*”. *Encuentro de la Cultura Cubana* 33: 39-42.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio, ed. (1969). *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*, La Habana, Centro de Investigaciones Literarias, Casa de las Américas.
- BENJAMIN, Walter (2005). *Libro de los Pasajes*, edición de Rolf Tiedemann, Madrid, Akal.
- BUITRAGO, Fanny (1976). *Bahía sonora*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.
- BUITRAGO, Fanny (1979). *Los pañamanes*, Barcelona, Plaza y Janés.
- CORTICELLI, María Rita (2006). “Entrevista con Antonio Benítez Rojo. Amherst, 28 de noviembre 2001”. *El Caribe Universal: la obra de Antonio Benítez Rojo*, Oxford, New York, Peter Lang.
- DASH, J. Michael (1998). *The Other America: Caribbean Literature in a New World Context*, Charlottesville y Londres, University of Virginia.
- DASH, J. Michael (2001). “Libre Sous la Mer—Submarine Identities in the Work of Kamau Brathwaite and Edouard Glissant”. *For the Geography of a Soul: Emerging Perspectives on Kamau Brathwaite*, Timothy Reiss, ed., Trenton, New Jersey, Africa World Press, 191-200.
- DE LA FUENTE, Alejandro (2000). *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba, 1900-2000*, Madrid, Editorial Colibrí.
- DELEUZE, Gilles (1988). *Diferencia y repetición*, Trad. de Alberto Cardín. Gijón, Júcar Universidad.
- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari (1985). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*, Trad. de Francisco Monge, Barcelona, Paidós.
- GLANTZ, Margo (2005). “El cuerpo inscrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio: Álvar Núñez Cabeza de Vaca”, en *La desnudez como naufragio*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- GLANTZ, Margo, et. al. (2002). *Figuras del exilio*, México, Tusquets- Casa Refugio Citlaltépetl.
- GLISSANT, Édouard (1981). *Le discours antillais*, Paris, Seuil. Traducción: *Caribbean Discourse: Selected Essays*, 3ª ed., Trad. de J. Michael Dash, Charlottesville, University Press of Virginia, 1999.
- GUERRA Y SÁNCHEZ Ramiro (1976) [1927]. *Azúcar y población en las Antillas*, “Presentación” de Manuel Moreno Franginal, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales,
- HULME, Peter (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, London & New York, Methuen.
- LESTRINGANT, Frank (2002). *Le Livre des Îles: Atlas et Récits Insulaires de la Genèse à Jules Verne*, Geneva, Librairie Droz S.A..

- MORENO FRAGINALS, Manuel (1995). *Cuba/España, España/Cuba: Historia común*, Barcelona, Crítica.
- PIGLIA, Ricardo (2005). *El último lector*, Barcelona, Anagrama.
- PIZARRO, Ana (2002). *El archipiélago de fronteras externas: culturas del Caribe hoy*, Santiago de Chile, Editorial de la Universidad de Santiago.
- QUINTERO RIVERA, Ángel (1999). *Salsa, sabor y control!: sociología de la música tropical*, México, Siglo XXI.
- RAMA, Ángel (1995). *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, Selección y prólogo de Jorge Ruffinelli, Montevideo, Arca.
- ROBINSON, Marc, ed. (1994). *Altogether Elsewhere: Writers on Exile*, Boston, Faber and Faber.
- ROJAS, Rafael (1998). *Isla sin fin: contribución a la crítica del nacionalismo cubano*, Miami, Ediciones Universal.
- ROJAS, Rafael (2006). *Tumbas sin sosiego: revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama.
- SKLODOWSKA Elzbieta y Ben Heller, eds. (2000). *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- VITIER, Cintio (1970). *Lo cubano en la poesía*, 2ª ed., La Habana, Instituto del Libro, Editorial Letras Cubanas.
- YELVINGTON, Kevin A., ed. (2006). *Afro-Atlantic Dialogues: Anthropology in the Diaspora*, Santa Fe, New Mexico, School of American Research Press.